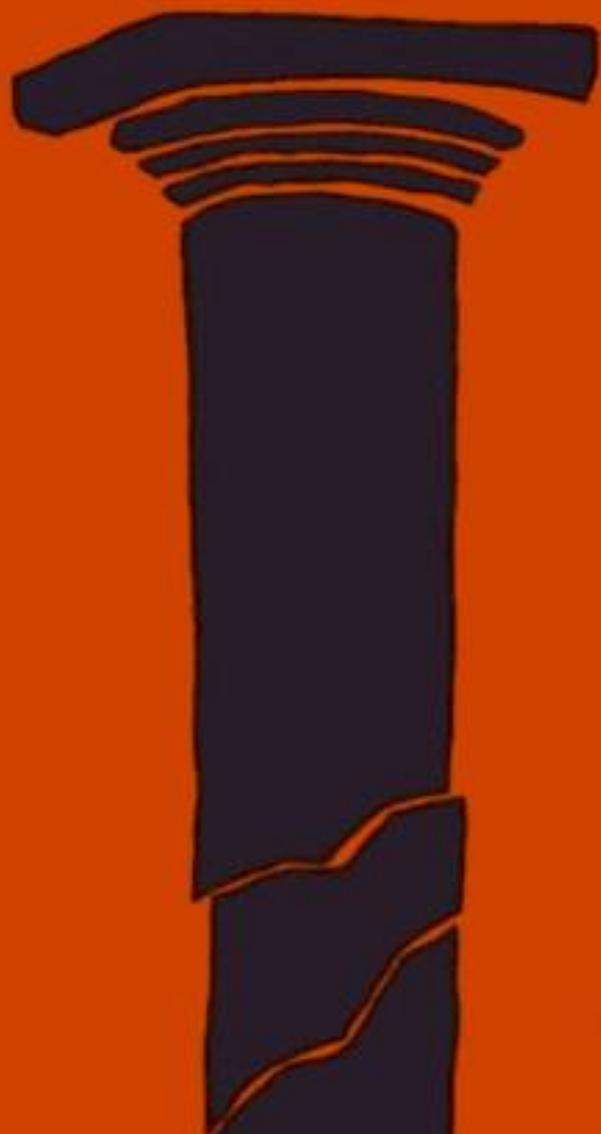


Manuel Brunet



# El maravilloso desembarco de los griegos en Ampurias



Contiene esta obra una interpretación originalísima y convincente sobre el hecho histórico de la llegada de los griegos a las costas de España. Toda la vida de las riberas mediterráneas aflora en estas páginas, llenas de luz y de carácter. Siguiendo una pequeña trama novelesca, se nos describen los pintorescos y divertidos conflictos entre la población indígena y los colonizadores que acaban estableciéndose pacíficamente en el país.

En este mismo volumen se publica un ensayo inédito, «El Ampurdán y los ampurdaneses», que por su tema y ambiente sirve de magnífico complemento a la primera parte de la obra.

# **EL MARAVILLOSO DESEMBARCO DE LOS GRIEGOS EN AMPURIAS**

*Este relato no es más que un pretexto para hablar del Ampurdán. No sé por qué, en el corazón de todos los catalanes se guarda un rinconcito para este país tan amable. No sé si es por el prestigio de su nombre, por la bondad y liberalismo de sus gentes o bien por sus sardanas, pero el caso es que todos llevamos en el pecho la imagen del Ampurdán clara y precisa como un esmalte.*

*Hijo de la plana de Vich, había soñado toda la vida en un país igualmente bien delimitado; pero yo veía un país abierto al mar, donde, si desde casa el mar no se dejaba ver, por lo menos me fuera posible pensar: allí está el mar.*

*Bajo las palmeras del patio del Ateneo Barcelonés, un amigo me había hablado del Ampurdán con exaltación. Ponderaba el paisaje ampurdanés, su mar, la gente y sus bregas y la facilidad con que del griterío vuelve a la calma, igual que hace el mar. Y recuerdo que me decía: «Aquello es Grecia». –Esto no tiene nada de extraño: en aquel tiempo esta enfermedad hizo muchos estragos–. Pero, como que nunca me he resignado a que la literatura me nublará la vista, reaccionaba contra el tema de la comparación y contra la emoción de mi amigo.*

*Pero yo tenía mi Ampurdán y, aunque con grata frecuencia suelo soñar paisajes extraordinarios, la primera vez que el tren me lanzó Ampurdán adelante pude comprobar que no había habido error en mi imaginación y que no era necesario hacer grandes retoques en la idea que de él tenía.*

*Esto significa que encontré el país muy normal y que yo, prudentemente, me había abstenido de desfigurarlo. Antes de llegar a Figueras, de pie en el vagón, cara al le-*

*vante, vi ya el mar que me guiñaba el ojo por entre un collado. El país estaba bien ceñido, como debe estar una comarca que se precie, un país con principio y final, un país del cual sus habitantes puedan hablar de una manera concreta.*

*El Ampurdán era exactamente como yo, en mi interior, lo había modelado: una tierra llana, ligeramente ondulada; nada de altozanos de roca muerta, mondos y descortezados, pero nada, tampoco, de cromo de chocolate. Sólo me sorprendió que San Miguel de Fluviá estuviera a la derecha de la vía del tren; yo lo había imaginado a la izquierda. Fuera de eso, no me fue preciso anotar ninguna rectificación importante.*

*De Figueras a Castellón de Ampurias, el retazo de llano que se veía en el marco que el automóvil me formaba me permitía adivinar el lugar donde la tierra se tiende ofreciendo su regazo al mar. Y husmeando el mar, alejado un buen trecho, no podía quitarme de la cabeza a los griegos: me perseguían como una obsesión y como si me exigiesen un poco de enternecimiento y una buena dosis de respeto. Nuevamente fue preciso reaccionar para no dejarme vencer por completo del prestigio literario, histórico y arqueológico y de cuanto no fuese la vida, la carne y los huesos, la configuración y la luz del país. Los griegos –se me ocurrió pensar, contra la corriente que me arrastraba– debían de ser unos ex presidiarios que cayeron en este país, salvaje a la sazón, porque no debían saber dónde dejarse caer muertos. Tal rufianesca debía de estar infectada por toda clase de enfermedades de la piel y seguramente introdujo ahí moneda falsa, estatuillas deterioradas y artículos pasados de moda. El desembarco debía de ser realmente una cosa grotesca, como una travesura. Muy pronto los mercaderes focios debían hacer lo que los tordos: llevarse en el pico una aceituna de cada olivo.*

*En seguida pensé: «¡Gran pretexto, estos bergantes, para hablar del Ampurdán!» Y luego, reírse de los griegos*

*y no tomar la historia en tono mayor, sino como aproximadamente debió de ocurrir la cosa, hará gracia a los muertos, y en los campos de Ampurias las cenizas de aquellas gentes tan divertidas revolotearán de risa. Y los ampurdaneses que, afortunadamente, no quieran admitir –o no sepan de qué se trata– la pretensión de que el Ampurdán sea una tierra clásica, sin molestarse tendrán que reconocer, en resumidas cuentas, que es mejor que se mezclasen con ellos los griegos focios que muchas otras basuras que han pululado por este mar de cobalto. Porque, si bien se mira, la cosa ha resultado bien y la raza no podía salir más espabilada.*

*Los griegos fueron, en el Ampurdán, un simple incidente. El Ampurdán es algo más que un pretexto sentimental para literatos y seudohistoriadores. El recuerdo de los griegos fue un elemento que adorna, y basta.*

*Ciertamente, son muchas las gracias del Ampurdán, pero la primera de todas está en el terruño: es el maridaje de la tierra con el mar, la tierra que abre los brazos para dejar entrar el mar y abrazarle y se encarama, un poco atrás, alrededor, para mirar el mar. Y todo ello se realiza muy naturalmente. El paisaje no aparece teatral casi nunca; para ver trucos hay que encaramarse por los bastidores y la decoración de montañas que le sirven de telón de fondo; pero esto ya es excursionismo. El paisaje no se insinúa jamás con intento de desmoralizar. Mírese por donde se quiera, y por todas partes parecerá que aquel país fue amasado, construido y trabajado con las manos como si fuese un relieve. Por eso, ni en las llanuras de los setos se tendrá la sensación de la acuarela, y si, en algún momento, en esos lugares donde pacen los rebaños el paisaje pudiera disfrazarse de égloga, la tramontana cuida de enjuagarlo y quitarle las legañas inútiles.*

*La bahía de Rosas, tan ancha y bien formada, es un mar doméstico que no trata de imponer. Más que una majestad, es una sonrisa, y en seguida se aviene uno con su par-*

*padeo y sus guiños. Pero si desde el centro del gran arco, desde la playa de Castellón, vierais, por la tarde, la bahía de Rosas más azul que el cielo y con unas montañas de cristal derechas en el horizonte marino, guardaríais toda la vida una leal amistad con este mar que se encoge para hacerse comprensible y que la gente de allí siente tan propio como su huerta o su campo de alfalfa.*

*La bondad del espectáculo del mar y la llanura hace buena a la gente; la tramontana la ha hecho impulsiva y franca y la excelencia de estas condiciones de la tierra y los hombres hacen del Ampurdán un país donde apetece quedarse; y esto ha dado a sus gentes un gran sentido del terruño y el patriarcalismo. Los griegos se aferraron aquí porque el país invita a quedarse. Pero, además, el Ampurdán es un país de paso: desde allí se siente el olor del Rossellón, el perfume de Francia. Todas estas virtudes de los habitantes y estas influencias de los transeúntes y el buen vecindario constituyen la segunda gracia del Ampurdán, y con esto tampoco tiene nada que ver los griegos, que supieron aprovecharlo. Los griegos, vistos de lejos, son un ornato del país y un parentesco que no obliga a bajar la frente; pero queremos dejar establecido que cuando ellos vinieron aquí, el Ampurdán ya era tan amable como ahora y su gente tan espabilada como siempre. Sólo que los griegos fundaron una ciudad y en fuerza de propaganda y anuncio consiguieron que un nombre derivado del de la ciudad prevaleciera sobre todo el país; y, en realidad, el nombre no está mal.*

*Después de los griegos, vinieron los romanos, y probablemente unos romanos también falsificados, como los griegos. Y después de los romanos aún vinieron otros pueblos y todos se iban quedando en el Ampurdán, dejando ahí los huesos y la personalidad. Por aquí pasó el ejército de Aníbal y seguramente, aunque las crónicas lo disimulen, debían desertar algunos soldados para quedarse como labradores o marineros y poder ser ampurdaneses.*

*Tan bonito es el país y la tierra, tan dócil y agradecida, que el ampurdanés se ha ido volviendo un contemplativo: toda su energía la malgasta en gritos. Yo, eterno aspirante a contemplativo, quisiera vegetar y morirme aquí; pero esto son lujos por los cuales no me está permitido en este momento dejarme seducir.*

*Como venganza de la ingratitud con que se me contesta a tan modestas aspiraciones, me contentaré hablando del Ampurdán. Si el escribir no fuese un arte de realizaciones, hablaría del Ampurdán con un lenguaje enjuagado de todo rastro de literatura, haría pasar la tramontana por las páginas de este libro para que lo higienizase y matase el microbio de la retórica mal administrada. Hablaría de él utilizando, en lugar de la máquina literaria de fotografiar, un léxico intelectual debidamente clarificado y haría un libro como una aleluya, una caricatura de poema épico.*

*Que, por lo menos, el hablar del Ampurdán me valga la filiación de ampurdanés. Todo el mundo tiene una patria de adopción. Stendhal nació en Grenoble, pero en el epitafio de su tumba no quiso más título que el de milanés. Séame tolerado poderme titular: ampurdanés.*

## LA LLEGADA

**N**O fue en un día placentero, ni se realizó bajo la alta protección del Olimpo, como podrían sospechar los poetas. No vayáis a creer nada de eso; los dioses no participaron para nada en este acontecimiento, ni tampoco el buen tiempo. Soplaban una tramontana que no podía plantársele cara; el mar parecía loco de puro alborotado, hecho un gran hervidero de mechones de espuma, que iban y venían alocadamente sin orden ni concierto. No era un mar imponente, sino una arroyada sin ritmo ni sentido de ningún género, un estanque sin gobierno; hubiérase dicho una cama deshecha sobre la cual los delfines saltaban como idiotas.

Impertérritas, iban saliendo las estrellas, pulidas por la tramontana.

Cerca de la Bahía de Rosas, marchaban, dando tumbos sobre las ondas y bailando como cáscaras de nuez, cuatro barcos con el ala apagada. Rondaban la playa de lejos, buscando un abrigadero propicio donde pasar la noche. Emergiendo de la brillantez marina, un islote, de la longitud y anchura de una carrera, parecía ofrecer una playa solitaria a los cuatro barcos griegos.

Remando como endemoniados y mascullando palabrotas extrañas, como juramentos, los marineros se acercaron al islote, escrutaron las playas y calas como si fueran a hacer una fechoría y, como no se veía alma viviente, saltaron al agua cuatro ganapanes que en pocos pasos ganaron el pedregal más alto del islote. Desde allí miraron el Ampurdán a contraluz.

—Ya veo donde acaba la llanura —dijo uno.

—Más allá de aquellas montañas doradas —dijo otro—, no queremos meternos. Si quieren algo, que vengan.

–Veo muchas luces, muchas fogatas y fumarolas. En esta llanura hay gente bastante para hacer buen negocio, si no nos arman jaleo.

–Si hay zambra, queremos aumento de sueldo, ¿oyes? Ya puedes decírselo al burgués. ¿Qué, no contestas?

–Sí. Pensaba que mi padre estará contento cuando vea este país tan llano, y que puede salir de paseo sin jadeos. Y sobre esto del sueldo, sólo he de deciros que no debe haber ni una cuchillada. Y que el que no lo crea así que se vuelva a pie. Los feriantes no queremos escándalo, ni ruido.

–Ya arma bastante el viento. Todos estamos mojados, con esta llovizna.

Los hombres y los barcos se recogieron en un rinconcito de playa protegido del viento. Se convino en que era mejor no armar ninguna tienda ni descargar las barcas.

–Mañana será otro día –dijo el patrón.

Un atrevimiento, en señal de toma de posesión: se encendió fuego para calentar la cena y secar la ropa.

\* \* \*

Al día siguiente, al quebrar el alba, el patrón mandó media docena de hombres a explorar la playa de la bahía.

–No vayáis vestidos: así no pareceréis forasteros y no os quitarán nada. Las barcazas se quedan aquí.

Los hombres saltaron al agua como caballos y, al llegar a la playa, se sacudieron a modo de perros. Apolo hubiera vuelto la cabeza para no ver aquel salvaje remojón matinal; Venus y las ninfas hubieran huido riéndose.

Para ver la llanura, hubo que subir la ancha playa que viene de mar adentro en pendiente dulce como la de un plato sopero. El Alto Ampurdán, perfumado, ceñido de montañas de ondulación suave y coronado por el Canigó, se abría a la luz como una rosa.

–¡Qué país tan claro y qué olor de hierba! Tiene aspecto de ser un país muy liberal. Seguro que en estas montañas no se esconde el enemigo. Ningún bandido osaría atravesar un país así, tan abierto y franco, y la gente que vive en esta bella comarca no debe desear encavarse en madrigueras salvajes.

–¡Qué cielo tan alto! Y el mar... ¿Qué me decís de este mar? ¡Qué cosa tan bien hecha, esta bahía! Todo parece un abrazo, en este país: el llano, rodeado de sierras, y la tierra, abrazando al mar.

–Me gusta este mar porque no es pequeño ni grande: parece un mar de familia y, si bien se mira, ya nos basta. Ya sabemos que más allá de la boca de la bahía está el mar libre y caminos que conducen a todas partes; pero en el mar grande no veríamos los altozanos de la puerta de este regolfo que desde aquí parecen colocados en mitad del agua.

–Realmente es muy raro que no haya pequeños rebaños de casas contemplándose en este mar. Cuando doblábamos aquel cabo donde las aguas y la tramontana parecían echar todas las melodías de la lira de Orfeo, aquel batiente que yo llamaba el cabo de Orfeo, pensaba que era muy singular que no encontrásemos a nadie. Cuando hemos llegado a las puertas de la bahía, creí que nos metíamos en la boca del lobo; ya veía a los piratas repartiéndose nuestra feria.

–Pues yo, así que hemos pasado el cabo de Orfeo, ya me he dado cuenta de que el país tenía aspecto de haber buena gente y que todo nos invitaba a entrar confiados. Yo no conozco la tierra y, francamente, me dormiría aquí, en la playa, como en mi casa.

–Yo no puedo comprender cómo no salen pescadores. El sol ya no está encarnado; hace rato que ha salido del mar.

–¿Sabes qué? Que aquí la gente no debe necesitar el pescado porque los conejos deben metérsele a una en la

sopa. Mirad: cerca de aquel juncal veo una cosa que revolotea; probablemente es un pato salvaje. ¡Buen manjar!

–Esto de que nadie acuda a molestar a los peces me hace creer que no hay gente para zampárselos.

–Seguramente los dos tenéis razón; en este país, la poca gente que vive tiene bastante con la caza. Si bien se mira, si aquí hubiera mucha gente encontraríamos competencia, y si no han visto nunca un feriante, nos haremos de oro.

–Quizás las hogueras que se veían anoche –dijo Marinero, el hijo del patrón–, estaban un poco lejos de la playa. ¡Mirad, mirad! –dijo–, unas huellas, las únicas que he podido encontrar y que no ha borrado la tramontana. ¡Oh, y son de mujer! Estoy seguro.

Las pisadas subían por la playa y, con ritmo igual, perfecto, el ritmo del paso de una mujer joven, cruzaban el yermo y se abrían camino entre la pompa de los tamarices y las azucenas.

Los feriantes, sin borrar una sola huella, siguieron el sendero con los ojos muy abiertos, olfateando ansiosos como perros, y buscando vanamente el rastro de las mil y un aromas sabrosas de mujer que la tramontana se había llevado como una semilla más, prenda de fecundidad.

¡Hacía tantos días que ninguno de ellos había visto ninguna mujer! Cada marinero veía una hilera de mujeres posando el pie sobre la almohada arenosa. Y en esta imaginaria fila figuraban muy pocas mujeres de la ciudad. Todos los feriantes, ateniéndose a su gusto y presintiendo la realidad del país, veían una campesina gentil, impetuosa como el viento, y olfateaban, no esencias de rosas o violetas, sino un tufillo de carne penetrante y turbador, un olor como de nardos o de gardenias.

Las huellas formaban como un remolino al pie de una mata de lirios marinos.

–La mujer que buscamos ha cogido un lirio aquí –dijo Marinero–. Y yo me llevo este otro, su pareja.

Unos pasos más allá, las huellas habrían llegado a la hierba; el yermo no avanzaba más. Los feriantes se detuvieron: el lirio de su compañero tenía mucho partido. El aliento de los marineros llenó de angustia al lirio salvaje.

De pronto, dijo uno, interrumpiendo estas agradables expansiones:

–No sé si serán conejos o personas, pero el caso es que aquel juncal se balancea de un modo extraño.

Cuando volvieron los ojos, la cabeza estrafalaria de un payés galleaba sobre el zarzal; más allá asomaba la nariz un chaval; de un poco más lejos venía el canto denodado de una moza.

–Será cosa de ahuecar –dijo Marinero–. Si nos vieran por aquí desnudos nos apedrearían.

–No me acordaba ya de que fuéramos desnudos.

Y como fuera que uno, que era muy peludo, se dedicaba a quitarse la borra blanca que los matojos del yermo dejan en las piernas, Marinero, echando puñados de arena, hizo huir a todo el mundo.

Saltando a grandes zancadas cruzaron el yermo y la playa y se echaron al mar. Marinero llevaba el lirio entre los dientes.

A recibirlos, salieron el patrón y todos sus hombres.

–¿Qué, qué tal es el país? –dijo el patrón.

–Padre –repuso Marinero–, yo, hoy mismo levantaría cuatro tiendas en este islote y ya veríamos si más adelante podíamos ir a instalarnos a la playa de la bahía.

–Pues ya está. ¡Anda, muchachos: al trabajo! Hoy ya no dormiremos en las barcazas.

## EL AMPURDÁN, REPÚBLICA

**E**N un santiamén, las barcazas fueron guarecidas y acopladas fuera de la playa, y entonces comenzaron a aparecer los enseres para construir las barracas. Los hombres, al trote ligero, con un afán de poseídos, corrían como malos espíritus trasladando puertas, anaqueles y mostradores y armando gran barullo, con la particularidad de que corrían más una vez descargados que cargados.

Esta bulla, este raro alboroto hubiera hecho morir de risa a quien no hubiese sabido lo que se proponían. No habrían trabajado aquellos hombres con más afán si hubiera amenazado destruirlo todo una tempestad de rayos y truenos, ni si hubiera ido corriéndose el fuego por las barcas con gran voracidad, ni si se hubiera encontrado a cien pasos el enemigo.

Entre este alboroto, el patrón, sin decir palabra ni estorbar a nadie, dirigía la gran agitación comiéndose una buena rebanada de pan con miel. Las preocupaciones tenían la culpa de que desayunase tarde, pero sabía estar atento a la comida y al trabajo. Mientras echaba dentelladas al pan, sus ojos, sin párpados, de lagartija, rodaban de la rebanada al trabajo y del trabajo a la rebanada sin perder detalle.

Aunque a menudo levantaba la rebanada sobre la nariz para que no se perdiese ningún chorrito, una gotita de miel —¿cae, no cae?—, iba, de vez en cuando, a posarse sobre el releje de la tripa.

Lo colorado de su rostro y aquellos ojos sin párpados daban a este hombre rechoncho y asmático un aspecto feroz, pero en realidad era más bueno que el pan con miel. Sólo que había hecho tantas barraganadas, de tal modo se había tenido que acostumbrar a mirar de reojo para en-

trever si alguien le espiaba, que sus ojos se habían habituado ya a tal gimnasia para toda la vida. Y ahora, patrón de barcazas colmadas de cosas buenas, sus miradas tenían una imponente autoridad y la virtud de que el rodar de sus ojos empujaba a la gente a la tarea.

Conocía bien a su gente y sabía bien hasta dónde le guardarían lealtad y hasta dónde podía explotarlos. De cada uno de ellos sabía solamente medio historial, media vida. De las bromas de la otra mitad de la vida todos tenían el pudor de no inquirir ni una palabra. Este mar de cobalto guardaba el recuerdo de las mil y una piraterías de cada cual y velaba el sueño de los que se habían dejado abatir. El patrón lo había corrido de cabo a rabo, este mar, y con sólo el jadeo le conocía la intención. Cuando salió de la Hélade, su patria, bien penetrado de toda la ciencia de los burdeles, los dados, los puertos y las cárceles, cruzó el mar hasta Masalia (Marsella) amarrado a un remo todo el camino. Más dulce era el remo que el circo donde había pasado la adolescencia. De él guardaba aún una cicatriz que le recorría la mejilla hasta la sotabarba, en el cuello carnosos. Después de tres años de ganarse los garbanzos metiendo la cabeza en la boca de un león, en el circo ambulante, ya fuese que el hombre se había engordado o que la fiera se hubiese adormilado o que los incisivos estuvieran un poco mellados a fuerza de años de roer huesos, un día al sacar la cabeza sintió la quemadura de un zigzag de fuego.

Del circo pasó al puerto, de día entregado a la descarga y de noche al aletazo. Pero aquella cicatriz que le llegaba de la sien a la sotabarba lo delataba siempre. No había más remedio que huir, y el remo fue para él la tabla de salvación. Más dulce era el remo que las correrías por el puerto, que le costaban tanta leña física.

En Masalia se alquiló a unos buhoneros para hacer encargos, y un día que la suerte le fue propicia compró de